

RELIGIÓN Y PATRIA

Fundado en el año 1.906

Gijón, octubre de 1953

Núm. 1016

PERIODICO MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Fundador JUAN ORTEA FERNANDEZ

Precio de suscripción

Cada 5 números mensuales,
pesetas 1,50 al mes

"Este precepto os doy: amaos los
unos a los otros como yo os he
amado".

(Jesucristo a sus discípulos).

Dirección y Administración:

Muralla, 7- 1.º Telf. 3988

GIJÓN



LA CRUZ PINTADA

Por Joaquín Martínez Lozano



ESPERABA un cura de aldea la hora de comer después de haber predicado en la Misa mayor un sermón sobre aquellas palabras de Jesús que se leen en el Evangelio de San Mateo: *El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí.* Entró al propio tiempo en casa del párroco un pobre peón de albañil, muy amigo suyo, hombre de buenas costumbres y de recto corazón, pero algo turbio de entendimiento, y no muy contento de su suerte ni satisfecho de su condición.

El cura y el albañil tenían grandes discusiones, en las que el buen sacerdote procuraba resolver las dudas que en aquel espeso cerebro se anidaban.

—¿Has estado hoy en el sermón?— le preguntó el cura.

—Sí, señor,—respondió Roque,—y aunque no lo hubiese oído no me hacía falta; no, señor, no me hacía falta.

—¡Hombre, hombre!—repuso el cura—explícame eso, que no lo entiendo bien.

—Pues es claro; usted ha predicado que dijo Nuestro Señor: «El que no tome su cruz y me siga, no es digno de mí», pues yo no necesito tomar ninguna cruz; hace tiempo que la llevo encima, ¡y flojilla que es mi cruz!

—¿Y cual es, Roque, esa cruz tan grande que tú tienes?, porque a decir verdad, yo no la veo. Eres joven, sano, robusto; trabajas la mayor parte del año; no tienes achaques, enfermedades ni enemigos...

—Y no tengo un cuarto, y no tengo dinero, y el no tener dinero es la cruz más pesada de cuantas cruces pueden llevarse, y la llevo siempre auestas, y no me la puedo quitar de encima, y me pesa, me repesa y me contrapesa, y...

¿Conque el no tener dinero es una cruz?—dijo el cura riéndose—. Vamos, no te creía tan tonto y tan mal cristiano, y sobre todo, tan endeble que no pudieses llevar una cruz tan pequeña e insignificante como el no tener dinero, teniendo como tienes salud que te sobra y robustez para trabajar y trabajo continuo.

—Salud y robustez sin dinero... ¡morirse! ¡morirse!

—Para que veas cuán ligera es tu cruz,—repuso el cura—; para que veas cuán cobarde eres, voy a decirte que es más ligera, más llevadera, más fácil de llevar que una cruz que yo te pintaré con yeso en la espalda de tu chaqueta.

—Vamos, señor cura, que no estoy para bromas.

—No, no es broma ni burla lo que te digo. Hablo seriamente. Dime: ¿cuánto ganas el día que trabajas?

—Doce pesetas.

—Pues yo te daré veinte cada día, y no trabajarás, ni tendrás más que hacer que pasear por las calles, por la plaza, por todo el pueblo, con las manos en los bolsillos del pantalón, pero con una cruz que yo te pintaré en la espalda de la chaqueta, y que—óyelo bien—no has de permitir que te la borren. Y ya verás, mi buen Roque, cómo al poco tiempo me dices: «Señor cura esta cruz pintada me pesa más, mucho más que el no tener un cuarto».

—¿Cuándo me la pinta usted?—dijo Roque, que ya se le hacía la boca agua al pensar en las veinte pesetas diarias sin trabajar.

—Mañana, que es domingo—dijo el cura.

—¿Y mañana me dará usted ya las veinte pesetas?

—Sí, hombre.

—Pues hasta mañana.

En efecto, al día siguiente, antes de Misa mayor, fué Roque a casa del señor cura, con su chaqueta negra; el párroco le hizo con yeso blanco una cruz que le cogía toda la espalda, de rayas gruesas muy visibles, mientras el buen Roque se reía...

—No te rías—dijo el cura;—ya te pesará esta cruz mucho más que el no tener dinero.

Y se marchó a Misa nuestro Roque en compañía del cura, que entró en la sacristía, mientras el cruzado entraba en la Iglesia por la puerta mayor. Tomó agua bendita, se arrodilló y en esto le dijo un amigo que estaba detrás:

—Roque, llevas una cruz pintada en la chaqueta.

—Ya lo sé—contestó Roque.

Se encogió de hombros el amigo y comenzó la Misa

Un poco después de alzar a Dios, una vieja que estaba arrodillada detrás de Roque, le dice tocándole en el hombro:

—Roque, llevas dos rayas de yeso en la espalda.

—Bueno—respondió Roque,—déjelas usted.

Acabóse la Misa, y al salir de la iglesia una vecina le dice:

—Chico, ¿y esa cruz que llevas ahí pintada?

A usted no le importa—contestó Roque ya un poco amostazado.

—¡Oh!—dijo la vieja—yo creía hacerle un favor.

—Pues, señor, ¿es posible—murmuró Roque,—que se han de meter en sí llevo rayas en la chaqueta?

—Chico—le dice un amigo,—¡qué guapo vas con esa cruz en la espalda! ¿Quién te la ha pintado?

—Uno a quien le ha dado la gana—saltó Roque ya montado en cólera.

—Hombre, no te incomodes; tú eres dueño de llevar una cruz pintada; y lo que es por mí, píntate la cara si quieres.

Y se separó el amigo muy serio.

Ya no estaba Roque muy conforme con aquellas rayas, y se le iba subiendo la mosca a la nariz; pero aunque muy vivo de genio, el recuerdo de las veinte pesetas le hizo encogerse de hombros y seguir su camino.

Llegó a la plaza al mismo tiempo que unos cuantos amigos.

—Roque,—dijo uno de ellos—; ¿qué llevas ahí en la chaqueta? una cruz; ¿es para que no te lleve el diablo? Espera, que te la borre.

Y sacó el pañuelo para sacudirlo.

—No, no,—gritó Roque;—déjala, no la toques.

—Pero hombre—dijeron los demás—¿te has vuelto loco?

—No; pero no quiero que me la borreís.

—Pues ahí te quedas: vamos, este hombre está tonto.

Y se marcharon sin mirarle, quedándose él de muy mal talante.

Y aquellos amigos fueron publicando que el pobre Roque tenía una cruz pintada en la espalda de la chaqueta, y que no quería que se la borrasen, y fueron reuniéndose unos y otros, señalando con el dedo al pobre Roque y

riéndose de él, de modo que se iba hartando de rayas, y pesándole ya bastante aquella pintada y ligera cruz.

Al volver de una esquina encuentra a un compañero suyo que le dice con zumba:

—Vaya usted con Dios, Sr. D. Roque

—Yo no tengo don,—repuso con mal gesto el cruzado.

—Es que ¡como usted es caballero de la gran cruz de yeso!

—Yo soy caballero de la cruz de...

Y Roque, con gesto amenazador soltó una barbaridad,

—¡Hola, el de la cruz!—decía.

—Aquí está el de las rayas blancas.

—El de la chaqueta negra y cruz de yeso.

—¿Quieres un cepillo para borrarla?

—No necesitarás Ciríneo para que te ayude.

—¿Es para que no te lleve el diablo?

Y, efectivamente, a Roque se lo llevaban tres mil millones de demonios, y ya sudaba la gota gorda con el peso leve de la cruz pintada.

Otro amigo se le acerca, y con la mano comienza a sacudirle.

—¡Estáte quieto, animal!—gritó Roque hecho un energúmeno.

—Pues, señor, no hay duda, este hombre está rematadamente loco.

Y se apartó de él y fué publicando que el pobre Roque se había vuelto loco; y él veía que todos le señalaban con el dedo, unos con lástima, otros con burla, otros riéndose, y se le iba acabando la paciencia, y en esto un muchacho gritó: «¡Al tío de la cruz!» Y otro y otro hicieron coro: «¡Al tío loco de la cruz!» Y Roque corrió tras ellos echando fuego por los ojos y diciendo barbaridades por aquella boca; y los chicos corren más, y él, jadeando, corría y sudaba, hasta que un zagal cogió una piedra, y—¡toma, tío loco!... siendo esto como la señal de la batalla, pues otro cogió otra piedra, y así otros y cayó un diluvio de ellas sobre el pobre Roque, nuevo San Esteban, pero sin sus méritos. Los chicos gritaban: ¡al loco, al loco!, y el infeliz se acordó de la maldición del gitano: *En manos de chicos te veas*. Las piedras llovían, y el infeliz ya no perseguía a los muchachos, sino que éstos le perseguían a él, y corría delante de ellos, tropezando, con la lengua fuera, sudando a mares sin ver el terreno que pisaba, y aquí caigo y aquí me levanto, le alcanzaron algunas chinas, se le escapó el sombrero, una piedra le hirió en la cabeza, el pobre se tocó y vió sangre, y no pudiendo sufrir más, maldijo las rayas blancas que le pesaban como una losa de plomo, y le entró una mortal congoja; en tanto los chicos seguían vociferando: ¡al loco, al loco! y las piedras sin parar. Miró al cielo con angustia, bendijo su antes para él pesada cruz, se maldijo así mismo, y fué su suerte que se encontró a la puerta del cura; entró y se dejó caer medio muerto en un banco, a tiempo que el cura salía de su habitación a los gritos de la turba infantil y al atronador estrépito de la pedrea...

— Señor cura— rugió el dolorido Roque;—no quiero cruz pintada, no quiero las veinte pesetas, ni seis millones; me pesa esta cruz, me pesa haber salido esta mañana con estas dos rayas, me pesa más que todo esta cruz en la que a poco me crucifican estos demonios de chiquillos, después de haberme rascado el alma hombres y mujeres con tanto preguntar por qué la llevaba pintada en la chaqueta. Bórremela usted por todos los Santos Apóstoles, si no hoy va a ser el último día de mi vida.

—Vamos, soslégate—dícele cariñosamente el cura—¿No te decía yo que esta cruz pintada te pesaría mucho? Siento de veras las pedradas; lávate esa herida, que, por fortuna, es leve; pero, por lo demás, me alegro de que te convenzas de que muchas veces creemos tener una pesada cruz, y quisiéramos dejarla y tener otra que nos parece menos pesada, resultando que la que Dios nos ha dado es mil veces más ligera. No murmures de la cruz que Dios te ha dado; confórmate con ella; confórmate con no tener mucho dinero, como tú dices que no tienes; ya sabes que es harto más ligera que esa de la que te reías cuando te la pinté.

—Es verdad—dijo Roque, dando un resoplido como una ballena—bórreme usted esa cruz de la chaqueta; bórremela que yo no la vea, y le prometo de aquí en adelante conformarme con la cruz que el Señor tenga a bien enviarme, y que la llevaré sin murmurar, y si no con alegría, porque no soy santo, a lo menos con cristiana resignación.

—Amén—dijo el cura—y acuérdate que no todo consiste en prometer, sino en cumplir.

HEROISMO Y VIRTUD

Fué en la luctuosa jornada del Barranco del Lobo, el año de 1909. Uno de los pocos supervivientes, Mariano N., se batía ya a la desesperada contra los rifeños entre aquellos riscos del angosto desfiladero, seguro de quedar con sus heroicos compañeros, que se habían defendido como leones en aquella horrible sepultura, más no sin vender cara su vida en holocausto de la Patria. Quien luchaba a su lado con no menos valentía y acierto que él, cae gravemente herido; en un momento, Mariano se lo echa a cuestras y trata de retroceder a Melilla, siempre defendiéndose y defendiendo la preciada carga de la crueldad de aquellos bárbaros.

—Animo, compañero,—decía nuestro héroe,—tres balazos tres enemigos menos; hemos de reirnos de ellos en la plaza,—continuaba el pobre Mariano con singular humorismo en medio de tan espantable carnicería.—Pero Mariano fué herido y, no obstante, Mariano aguantaba y aguantaba, reculando y disparando... Comprendió la gravedad del caso su compañero de infortunio y conmovido de tanta generosidad no pudo menos de decirle:—¡Dejadme!... ¡dejadme morir aquí!... sálvate tú...

A lo que replicó Mariano: O los dos o ninguno. Frase sublime, propia de un corazón alimentado con sangre noble y generosa.

Ya estaba a la vista la deseada posición española. Un poco más y los moros no se darían el gustazo de satisfacer con ellos sus instintos feroces.

Un segundo balazo hiere en el cuello a nuestro admirado Mariano, que se desploma con su gloriosa carga, no sin ser vistos por un destacamento español que se apresuró a recogerlos, en tanto que varios soldados se adelantaban animosos en persecución del enemigo.

Son las seis de la tarde, en el *Hospital de sangre* hay un silencio sólo interrumpido de vez en cuando por los ayes lastimeros de los heridos, fuertes en unos con la violencia del dolor, débiles en otros con la proximidad de la muerte.

Sor Maria de la Cruz, joven de unos veintidós años, y cuyas blanquísimas tocas semicubren una hermosura angelical, recorre solícita las largas hileras de camas, interesándose minuciosamente del estado de los heridos y prodigándoles sus cuidados con aquella humildad, recogimiento y caridad cuyos secretos sólo sabe un corazón verdaderamente de Cristo.

Algunos de los enfermos que la ven por primera vez la saludan con vibrantes ¡olé! que hacen enrojecer sus mejillas, saludos impropios a su estado, sí, pero escusables en una juventud heroica que en medio de sus dolores y de sus frases respira acendrado patriotismo y religiosidad.

Mariano, nuestro valiente soldado español, el protagonista de esta verídica historia, se halla en momentos de intensísima fiebre, sobrevenida después de aguda hemorragia.

—Hermano mío,—le dice Sor Maria de la Cruz, la *Hermana modesta*, más vulgarmente conocida,—¿qué tal seguimos?

—Muy mal, hermana, muy mal... yo me muero y quiero confesarme, quiero morir como buen cristiano y dar ese consuelo a los míos cuando lo sepan... a mi madre, a mi madre, sobre todo, que me puso este escapulario al pecho.

—No se apure, no, querido mío, el caso no es tan grave; sin embargo, usted se confesará y ya verá cómo eso ha de ser su mejor auxilio, quizás su salvación temporal si esta muestra de conformidad con los divinos decretos espera Dios de usted.

Le fueron administrados los Santos Sacramentos, que Mariano recibió con ejemplar alegría. Acto seguido, exclamó con voz muy débil, dirigiéndose a la monja:

—Sor Maria... la fiebre me abrasa... me siento morir... pero lo principal ya está hecho... ahora quisiera de usted otro favor... otro favor muy grande, ya que usted es tan buena... tan santa...

—Dígame, hermano; pronta estoy a obedecerle en bien suyo.

—Deseo que... cuando me muera escriba usted a mi madre, que vive en Asturias... en mi mochila están las señas... y le diga que su hijo murió como ella deseaba... valiente ante la patria, fiel ante Dios... como un cristiano... como un español... cumpliendo con su deber.

—Sí, le diré que ha sido usted un héroe

en todo, y que en medio de su pena, que debe estar orgullosa de haber tenido un hijo como Mariano.

—¡Así!... ¡así!... Dios la bendiga... no puedo más.

—Has podido salvarme y Dios te salvará—gritó desde una cama inmediata otro soldado no menos grave que éste. Era el compañero de Mariano, que seguía aquella escena con más interés que su misma enfermedad.

No habría entre los presentes quien no llorase. Al poco tiempo llegó el médico de visita y contemplando a Mariano se lo recomendó muy especialmente a la hermana, diciéndola: «No sale de esta noche»

Y crecía aún más la fiebre; el infeliz Mariano gritaba, enfureciéndose por grados, creyéndose en medio del campo de batalla. Hablaba de él y de su compañero; luego de su madre; luego fijó sus espantados ojos en Sor María, ¡cosa extraña!, volvió a él la calma, la dulzura, y extendiéndole los brazos, la dice así:

—¡Ay madre querida! gracias a Dios que te veo antes de morir en esta horrible lucha... mírales, mírales, madre, cómo quieren asesinarme... abrázame, abrázame tú, protégeme como de pequeño, para que no muera... ¡abrázame! ¿Por qué no lo haces?... ¿Ya no me quieres, madre mía? ¿He sido malo?... ¿No ves que estoy dando la vida por la Patria?...

La monja titubea, como es de suponer. El herido insiste, suplica, tendiéndole los brazos... en medio del delirio la cree su madre. ¡Ah! entonces, sucedió una cosa sublime, heroica, verdaderamente celestial Sor María, acostumbrada al sufrimiento y a sacrificarse por sus semejantes, se inclina llorosa sobre el herido, le abraza y le besa con la ternura de una madre.

—Otra vez, otra, madre mía—exclama el pobre moribundo. Así, así, ¡ya estoy salvado!... ya no se acercan los moros... ¡huyen!...

—Sí, huyen, hijo mío,—apenas se la oye decir a Sor María de la Cruz, ahogada por el llanto—; ahora descansa, para que cures. Obediente el buen hijo a su madre que él creía, quédase sosegado, tranquilo... ¿duerme?

Son las ocho de la mañana; vuelve el médico a su acostumbrada visita y con grandísimo asombro encuentra a la monja conversando con el que creía encontrar cadáver. ¿Qué ha pasado aquí? ¿Un milagro?

—Sin duda, señor,—replica nuestra heroína;—ya lo ve, no tiene nada de fiebre, y está tranquilo.—Y le contó la escena de la noche anterior.

—¡Bendita sea la providencia de Dios! concluyó el médico.

Y benditos sean, añadimos nosotros, los mártires de la Patria y esos ángeles, en la tierra, de nuestra sacrosanta Religión.

José Acebal y Cienfuegos

habiendo oído que Jesús de Nazaret había venido de Judea a Galilea, vino a verle, y le rogaba que bajase a Cafarnaúm y sanase a su hijo, porque estaba agonizando.

Díjole, pues, Jesús:

—¡Vosotros si no veis prodigios, no creéis!

...Y no es ese el camino para llegar a creer y entregarnos por completo en la vida de la fé.

No tenemos necesidad de pedir un milagro constantemente para que con la sorpresa y el estupor entremos de lleno en la vida espiritual.

Ante el problema fundamental para todos de la otra vida, de la existencia de un Dios, de un más allá para nuestra alma, la razón puede ayudarnos; pero para ello es preciso que la voluntad colabore poniendo todos los medios a nuestro alcance para llegar a encontrar la solución de un problema que no podemos eludir.

Es preciso decidirse a solucionar nuestra vida futura, sin necesidad de esperar el milagro que sorprenda nuestra inteligencia. Repasemos todas las circunstancias de la vida del hombre y de los demás seres que le rodean, estudiemos con interés la armonía de todas las cosas, tratemos de buscar una explicación lógica de nuestra vida, contemplemos el cuadro desconsolador de la humanidad que vive alejada de Dios, e imaginemos un mundo creyente y fervoroso, con la esperanza puesta en Dios, amándonos todos los unos a los otros, y cumpliendo exactamente y con buena voluntad todos los Mandamientos de la Ley de Dios y los de la Santa Madre Iglesia.

Busquemos la colaboración, si nos es precisa, de personas que hayan estudiado ya tan importante problema, examinemos la vida de los creyentes y de los no creyentes, adentrémonos por el campo de la religión que nos soluciona la incógnita de la vida, preocupémonos de ver claro y arrancar del más allá el misterio que nos oculta la muerte.

Lo que no debemos hacer es, mostrar indiferencia, y despreocupación de lo que nos afecta muy directamente, pues queremos o no, hemos de llegar a tener que enfrentarnos con la solución de esa incógnita para muchos y que muchos, también, han sabido resolver poniendo en ello toda su buena voluntad y la inteligencia que Dios les ha concedido.

Asuntos tan sobrenaturales como son los que se plantean al hombre ante la muerte y la realidad de una vida más allá, no pueden resolverse con fórmulas matemáticas, ni con ciencias humanas. Hay un límite donde la razón nos dice que tenemos que abandonar sus principios básicos humanos para entregarnos en brazos cie-

gamente de la fé. Para Dios, principio y fin de todas las cosas, todo es posible, hasta lo contrario a las leyes de la naturaleza, y el infinito, cosa que la humana inteligencia no es capaz de abarcar.

La voluntad del hombre puede hacernos andar mucho camino para aclarar el motivo de nuestra vida y lo que la muerte significa y la fé, que habremos de pedir a Dios con humildad, hará todo lo demás.

«Bienaventurados los que no vieron y creyeron...»

R.

MIS CUENTAS

Hora a hora, desgranando de mi rosario las cuentas, mis cuentas estoy echando.

Cuentas que cuentan mi vida, que mis acciones resumen en una sola partida.

Yo dicto las cantidades al calor de mi conducta y de mis actividades.

Y una mano las suaviza, porque, a mi lado, la Virgen María, contabiliza.

Si es el saldo favorable, es solo por el afán de tan preciado contable.

Y quiero así que en mi diario, mis cuentas sean paralelas a las cuentas del rosario.

Hermenegildo Rodríguez

CONSEJOS

EL LENGUAJE

No va mi comentario de hoy a discutir a la Real Academia de la Lengua, pero sí a comentar la eficacia de su influencia en la vida social.

Se abusa mucho de la repetición de palabras, intercalando con frecuencia machacona, lo que para cada uno considera el recurso de su escasa facilidad de palabra utilizándola como relleno de sus frases. Lo que vulgarmente se suele llamar «la muletilla».

Hay quien repite su «muletilla» cada cinco o seis palabras. Hay quien es más fácil de expresión y sólo la repite cada diez o veinte. En todo caso, esas «muletillas» dan la medida de la facilidad o no facilidad, de la expresión de sus ideas en nuestro lenguaje.

Si anotásemos las veces que algunas personas repiten su «muletilla» particular

CURSILLO de CONTABILIDAD PRACTICA

Profesor: *Juan Manuel Ortea*

(Abogado y Apoderado de Banca)

Duración del cursillo: CINCO MESES - Horas de clase: Desde las 7 de la tarde
Comienza dicho cursillo: el día 1 de noviembre próximo

Domicilio: Muralla, 7-1.º

GIJON

Teléfono 3988

CONSIDERACIONES SOBRE LA DOCTRINA DEL EVANGELIO

Estaba allí un régulo, reyezuelo de Cafarnaúm, cuyo hijo estaba enfermo. Este,

que en algunas partes tienen hasta carácter regional, nos sorprendería el número de veces que la hemos oído o dicho en las veinticuatro horas del día.

Y lo curioso de esta costumbre, es que cuanto más se habla, como es lógico, más se repite. Y precisamente quien menos tienen que hablar, son quienes más abusan del lenguaje, con «muletilla» y todo.

Observad a las personas que os hablan y salvo algunas excepciones podéis advertir que la inteligencia y los conocimientos, están en razón inversa de la mucha palabrería de que hacen alarde. El inteligente habla poco y observa más. Le gusta más estudiar y aprender, que hablar con exceso. Los más ignorantes son quienes más hablan, tal vez, por aquello de que la ignorancia es atrevida.

Pero lo que ya es excesivo en el lenguaje, es que esas «muletillas» sean la palabra soez, grosera, impertinente y desvergonzada donde el individuo falta, no solo a las reglas de buen lenguaje castellano, sino a la más elemental educación.

Contra estos que cada media docena de palabras, les interesa, al parecer demostrar que la educación no va con ellos, debería de haber sanciones con lo que poco a poco ganaría el lenguaje, los buenos modales y el grado de educación de todo un pueblo.

Pobres de espíritu que han perdido todo control en su voluntad para que poniendo algún interés puedan presentarse en la sociedad como personas, dignas de poder convivir con sus semejantes.

J. M.

sino porque en ellos se verificaba un verdadero renacimiento de mi ser y de mi vida, en cierta ocasión, de la que muy a menudo me acuerdo con simpatía y cariño, y de la que prometo volver a hablar con mis lectores, se me encargó por la Superioridad, de la censura militar de una Unidad castrense de la plaza.

Las cartas de los soldados, siempre encierran, y sobre todo en tiempos de guerra, una poesía sentimental digna de toda clase de respetos, pero dentro de ella, hay de toda clase de estilos: églogas, epigramas, epitalamios, poemas descriptivos, anacreónticas, narraciones bucólicas o líricas, etc.; así que no es raro que se pueda escoger entre todas ellas, sin descubrir, naturalmente, lo que de secreto casi de confesión tienen estas misiones, algunas anécdotas que merecen por su gracia ser divulgadas.

Y entre las innumerables que pudiera narrar, esta del buzo es de las más sabrosas e ingenuas. Por eso quiero hacer gracia de ella hoy a mis lectores.

Cinco metros más arriba del pico más alto de nuestras montañas, había nacido el autor de la carta que comento. Entre ganados se crió, y casi llegó a aventajarles en inteligencia y perspicacia. Y en estas condiciones de preparación, se vino nuestro hombre a coger «la fusila», y a prestar sus servicios a la Patria dolorida. Y aquí, en Gijón, fué donde encontró el campo abierto a sus hazañas. Y éstas fueron sencillas, como sencillo era él, y no fué su frente otro que el que en la tranquilidad de la retaguardia pudiera ofrecerle nuestra ciudad.

Un buen día, por su suerte, ya que para él se puede considerar un premio aquella guardia, de la que guardaría memoria toda

su vida, le tocó su centinela en el puerto del Musel. Y aquí fué Troya. Tuvo que presenciar lo que ni remotamente se hubiera imaginado, por mucha fantasía que tuviese en su rudimentario estado intelectual. Tal admiración le causó la cosa, que a su familia se lo comunicó con toda prisa, no fuese que otro se le adelantase con la noticia: Había visto un buzo.

Y su carta, en la que daba a su familia una descripción de lo que había visto, garantizándoles que todo era cierto y que nada exageraba, llegó a mis manos, y tentado estuve de copiarla, y confieso que si no lo hice fué por cumplir mi deber de conciencia de guardar el secreto de todo cuanto leía. Hoy, al cabo de los años, ya no se quebranta aquél secreto, y por eso me atrevo a decíroslo.

—«Ayer en el Puerto,—decía—vi un buzo. Primero creí que se llamaba así el hombre, pero después supe que es el trabajo que hace. ¡Qué tío! Le ponían un traje de baño de lona con muchas gomas, después una cabezota de hierro muy grande y ya está. Y se tira al agua. A las dos horas, salió como si nada. Con un Ejército que tiene hombres así, no se puede perder la guerra».

A estas horas, a pesar del tiempo transcurrido, creo que aquella primera impresión de lo para él, fantástico y desconocido no se le habrá borrado, ni se le borrará en la vida. Ni a mí se me olvidará la anécdota que tanta gracia me hizo.

Hero

Comentando

EL BUZO

En aquellos tiempos para mí heroicos, en los que nuestra Guerra de Liberación puso estrellas en mis mangas y en mi gorro; en aquellos tiempos míos heroicos, y que conste que los llamo heroicos, no porque crea que el Cid Campeador pudo sentir envidia de mis hazañas guerreras,

ANTIGUA FUNERARIA

— DE —

Feliciano Rodríguez

Fundada en 1.874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 GIJON Teléfono 17-20

VINOS PARA MISA

y selectos para mesa

AGUSTIN SERRANO

COSECHERO

MANZANARES

proveedor del S. Vaticano

JOYERIA-PLATERIA-RELOJERIA

Vda. de Melchor Osorio

Relojes, joyas y artículos
para regalo.

Moros, núm. 13 GIJON Teléfono 3382

ALMACENES LA SIRENA

J. A. M. S. A.

PAÑERÍA - SEDERÍA - LANERÍA
CONFECCIONES - ALGODONES

Corrida, 81 GIJON Moros, 56

La

Caja de Ahorros de Asturias

Destina sus utilidades INTEGRAMENTE a la constitución de sólidos Fondos de Reserva, para garantía de sus imponentes y a obra benéfica-social, preferentemente al sostenimiento del preventorio anti-tuberculoso de altura, gratuito para cien niños asturianos.

CASA INFANTIL COVADONGA

Pola de Gordón (León)